

mazorca

in memoriam



MOVIMIENTO NACIONALISTA TACUARA

" M A Z O R C A "

Editado por el COMANDO AUTONOMO de Capital Federal y Gran Buenos Aires.
MOVIMIENTO NACIONALISTA TACUARA.

Año III

Nº 3 (II Epoca)

Precio \$ 80.-

Registro de la Propiedad Intelectual: En trámite.

SUMARIO:

	Pág.
DUCE	3
En una tarde de Octubre	4
Estilo Fascista	5
Totalitarismo	5
El caso de Italia	6
Sentido Militar	8
Italia en guerra	9

EDITORIAL:

En esta edición de "Mazorca", al presentar sin tapujos ni retaceos la figura ilustre de Benito Mussolini, los hechos destacados de su acción política y los postulados universales del Fascismo; sólo cumplimos con un deber. Un deber que al cabo de los años Tacuara ha sabido mantener inalterable, sin temor a las etiquetas que la conjura liberal-marxista se encarga de colgar a todos los que tributan a los hechos el homenaje de la verdad que se merecen.

El preclaro pensamiento de José Antonio Primo de Rivera y el concienzudo enfoque del Coronel español Don Victoriano S. Casajus revaloran esta justa recordación que la nueva generación tacuarista dedica al creador de los Fascios de Combate cuando se cumplen 24 años de su cobarde asesinato.

Al margen de nuestro abierto reconocimiento a la gesta revolucionaria Fascista, juzgamos de vital interés aprovechar sus experiencias para evitar que los errores por ellos cometidos puedan hacer peligrar la transformación totalitaria de Argentina en que estamos empeñados.

Medio millón de hombres tributaron con su sangre la fidelidad al Fascismo. Son los mismos que hoy descansan junto al Duce en la gloria eterna de Dios lejos de los intereses mezquinos y las pasiones deformantes y enfermizas.

DUCE



28 de Abril...

Cada año son más numerosos los fieles que rinden su homenaje al genial precursor del Fascismo, y por ello no dudamos que en el amanecer del 28 la tierra en donde descansa -lejos del ultraje y la blasfemia- junto con el rocío recibirá la frescura de las flores con que su pueblo; sus camisas negras de ayer, de hoy y de siempre, coronarán el sueño de la Italia digna.

De nada sirven las mentiras históricas de la judería mundial que tiembla al comprobar la vivencia espiritual del Duce, no sólo en Italia sino en el mundo entero. Ya que el Fascismo -a 24 años de la tragedia de Dongo- halla su plena vigencia en la mística y el estilo de las juventudes nacionales con destino de milicia, como la muestra.

Todo es inimitable en la existencia de Benito Mussolini: desde su lento y sacrificado ascenso político, su expatriación en Suiza -donde olvidó su profesión de maestro para ganarse la vida rudamente-, su extraordinaria calidad periodística, la garra de su dialéctica, la condición de Duce -Caudillo de su Pueblo-; hasta su decisión heroica de morir "con la frente al sol". Pero ante nosotros se destaca principalmente como el gran conductor en su esfuerzo por revivir el honor de su Patria, por sacar algo de toda aquella masa informe y vil, heredada de los siglos de decadencia.

En 1969, luego del aniquilamiento de la conciencia nacional y combativa de los pueblos derrotados en 1945...

En 1969, al observar como la conspiración liberal-bolchevique explota por la fuerza militar y económica a las naciones vencidas...

En 1969, con el sionismo y la masonería; y todas las fuerzas del anticristo, corrompiendo la moral cristiana, destrozando las tradiciones viriles para lograr nuevas generaciones de eunuocos...

En este mismo 1969, TACUARA reafirma la grandesa del Duce para honor de su memoria y ejemplo de los combatientes por la Santa Causa de la Patria.

Nada quedará de los pequeños personajillos italianos -incluido el rey sin vergüenza que se entregó al enemigo diciendo: "Menudo susto me habéis dado..."- ni tampoco de todos los que traicionaron al Fascismo, de los que pretendieron ultrajar a Mussolini. Nada de ellos, mientras las milicias nacionalistas contemplan en su marcha hacia la victoria una estrella que con su propio fulgor ganó el pequeño universo de los elegidos.

LEA

la barbarie

EN UNA TARDE DE OCTUBRE

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

El hombre es el sistema, y esta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el Fascismo. Todo el siglo XIX se gastó en idear máquinas de pensar o de amar. Ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina: siempre ha tenido que recurrirse a última hora a aquello que, desde el origen del mundo, es el único aparato capaz de dirigir hombres: el hombre. Es decir, el jefe. El héroe.

Los enemigos del Fascismo perciben esa verdad por el revés y hacen de ella argumento de ataque. "Si -reconocen-; Italia ha ganado con el Fascismo; pero y cuando muera Mussolini?" Creen dar con ello un golpe decisivo al sistema, como si hubiera sistema alguno que tuviese garantía para la eternidad. Y, sin embargo, es lo más probable que, cuando Mussolini muera, sobrevenga para Italia un momento de inquietud, pero un momento sólo; el sistema producirá -con alumbramiento más o menos laborioso- otro jefe. Y este jefe volverá a encarnar el sistema para muchos años. Más él -Duce, conductor- seguirá la fe de su pueblo en comunicación de hombre, en esa forma de comunicación elemental, humana y eterna que ha dejado su rastro por todos los caminos de la Historia.

Yo he visto de cerca a Mussolini, una tarde de Octubre de 1933, en el Palacio de Venecia, en Roma. Aquella entrevista me hizo entrever mejor el Fascismo de Italia que la lectura de muchos libros.

Eran las seis y media de la tarde. No había en el Palacio de Venecia el menor asomo de ajeteo. A la puerta, dos milicianos y un portero pacífico. Se dijera que el penetrar en el Palacio donde trabaja Mussolini es más fácil que tener acceso a cualquier gobierno civil.

Apenas enseñé al portero el oficio donde se me citaba, me hizo llegar -por anchas escaleras silenciosas- a la antesala de Mussolini. Tres o cuatro minutos después se abrió la puerta. Mussolini trabaja en un salón inmenso, de mármol, sin muebles apenas. Allá, en una esquina, al otro extremo de la puerta de entrada, estaba tras de su mesa de trabajo. Se le veía de lejos, sólo en la inmensidad del salón. Con saludo romano y una sonrisa abierta me invitó a que me acercara. Avancé no sé cuanto rato. Y, sentados los dos, el Duce empezó su coloquio conmigo.

Yo le había visto en audiencia ritual, años antes, cuando fui recibido con varios alumnos de la Universidad de Madrid. Aparte, como todos los habitantes del mundo, le conocía por los retratos: casi siempre en actitud militar, de saludo o de arenga. Pero el Duce del Palacio de Venecia era otro distinto: con plata en el pelo; con aire sutil de cansancio; con cierto pulcro descuido en su ropa civil. No era el jefe de las arengas, sino el de la maravillosa serenidad. Hablaba lentamente, articulando todas las sílabas. Tuvo que dar una orden por teléfono, y la dió en el tono más tranquilo, sin poner en la voz el menor asomo autoritario. A veces, cuando alguna de mis palabras le sorprendía, echaba la cabeza atrás, abría los ojos desmesuradamente y, por un instante mostraba, rodeadas de blanco, sus pupilas oscuras. Otras veces sonreía con calma. Era notable su actitud para escuchar.

Hablamos cosa de media hora. Luego me acompañó hasta la puerta a

través del inmenso salón. No es de gran estatura; ya no tiene, si alguna vez la tuvo, la erguida apostura de un jefe de milicias; antes bien, su espalda empieza a encorvarse ligeramente. Al llegar los dos a la puerta, me dijo con una calma paternal, sin sombra de énfasis:

- Le deseo las mejores cosas, para usted y para España.

Luego se volvió hacia su mesa, despacio, a reanudar la tarea en silencio. Eran las siete de la tarde. Roma, acabadas las faenas del día, se derramaba por las calles bajo la tibia noche. El Coso era todo movimiento y charla, como la calle de Alcalá hacia esas horas. La gente entraba en los cafés y en los cinematógrafos. Se dijera que sólo el Duce permanecía, laborioso, junto a su lámpara, en el rincón de una inmensa sala vacía, velando por su Pueblo, por Italia, a la que escuchaba palpitar desde allí como a una hija pequeña.

Qué aparato de gobernar, que sistemas de pesos y balanzas, consejos y asambleas puede reemplazar a esa imagen del Héroe hecho Padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo?

TOTALITARISMO

"El Estado es garantizador de la seguridad interna y externa, pero también es custodio y transmisor del espíritu del Pueblo, tal como fue secularmente creado, en el idioma, las costumbres y en la fe; no es solamente presente, sino también pasado, y sobre todo futuro. Es la conciencia inmanente de la Nación".

"El Estado fascista es totalitario porque la posibilidad y la capacidad de dirigir y determinar el Poder se halla concentrada en el Estado, en el sentido de que todas las organizaciones o entidades a las que incumbe determinada función social de naturaleza política, económica, moral, educativa o cultural se encuentran no sólo controladas por el Estado, sino -y con medios más o menos directos- enlazadas y engranadas en la organización verdadera y propia del Estado".

"Hemos sepultado el viejo estado democrático, liberal, agnóstico y parafascista, el viejo estado que en homenaje a los inmortales principios deja que la lucha de clases se convierta en una catástrofe social. A este viejo Estado que enterramos con funerales de tercera, lo hemos sustituido por el Estado Fascista, el Estado que une y disciplina, que armoniza y guía los intereses de todas las clases".

ESTILO FASCISTA

"Las relaciones entre los pequeños y grandes jerarcas han de ser marcadas con la más abierta y noble franqueza, los conciliábulos, las pequeñas conjuras, la calumnia, la crítica alevosa, las miserias de todo género repugnan a la concepción moral del Fascismo".

"El Fascismo cree, ahora y siempre, en la santidad y el heroísmo, es decir en actos que no obedecen -de cerca ni remotamente- a ningún fin económico".

"Hay que estar ajenos a los negocios, no hacerlos, negarse incluso a oír hablar de ellos, declarar que son extraños a nuestra mentalidad de fascistas; cuando existan necesidades que impongan tales negocios hay que hacerlos a la clara luz del sol".

El triunfo de Lenin en Rusia y los 25 millones de desocupados que afligían a la Humanidad constituían un exponente ideal a favor de la falacia que venían explotando los vividores del "meeting" con el propósito de crear un frente subversivo contra el orden en las cinco partes del globo, eligiendo a Italia como su primera víctima.

La guerra había dejado en aquel país un terrible sedimento de morbo social. El proletariado de las ciudades paralizaba las importaciones de carbón para el trabajo de sus mezquinas industrias. Los obreros se incautaban de las fábricas, en actitud revolucionaria, sin oposición por parte de la fuerza pública. Los elementos no socialistas eran privados de su propiedad. Los campesinos se repartían por su cuenta los latifundios. Una tercera parte del país era comunista.

El desorden y las transgresiones contra la ley se manifestaban por todas partes. Los partidos políticos se desintegraban al estilo latino, con riñas y disputas. La depresión económica, el paro y el hambre fueron el cortejo obligado de la tragedia. En ninguna parte de Europa eran tan patentes las dificultades para gobernar. La ignominiosa liquidación de la guerra fue un chorro de gasolina sobre esa hoguera. Las promesas de Francia e Inglaterra hechas a Roma en el Tratado de Londres de 1915 quedaron incumplidas en Versalles.

Habían ofrecido a Italia participación en los territorios que pudieran ganar en África las potencias signatarias, y al llegar al reparto recibió unas migajas (50.000 millas cuadradas, incluyendo desiertos) caídas de la mesa de Francia e Inglaterra en Libia y Somalilandia, completamente inadecuadas para facilitar la solución de su creciente problema demográfico.

Los intereses alemanes y turcos en Asia Menor se los repartieron también Francia e Inglaterra, sin contar con ella. Resultando en conjunto, todo ello, totalmente desproporcionado a su extensión territorial y población, a su deuda nacional y a su esfuerzo en la guerra, hasta el punto de que Italia si consideró defraudada por los aliados en la realización de sus legítimas aspiraciones nacionales.

Con una riqueza por habitante inferior a la de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, sólo importando carbón, hierro y algodón, para crear una industria artificial con ello, podía pagar su enorme deuda de guerra y hacer frente a sus fabulosos gastos domésticos. Con la disyuntiva, poco prometedora, de hacer emigrar a su exceso de población o aceptar una mano de obra tan barata como la de Asia. No tiene carbón e importa un tercio del grano que consume. El 13% de su territorio es improductivo. Sus brazos trabajan en las tierras de otros. El 52% de la población blanca de Túnez es italiana. Por todo ello, el nivel de vida era muy bajo.

El dilema que se ofrecía oscilaba entre el caos y la redención providencial. Y esta sobrevino con los Camisas Negras, que, con su Caudillo Benito Mussolini al frente marcharon sobre Roma triunfal y resueltamente en octubre de 1922, para hacerse cargo del poder que el Rey, con clara visión de la realidad, se apresuró a poner en sus manos "sine die". Con masas ineducadas no puede haber opinión pública. Además, esta en Italia, por temperamento y tradición, no tiene deseos de expresarse.

Mussolini se encontró en seguida con que Francia e Inglaterra, luego de tomar posesión de los despojos de Versalles que se habían adjudicado a si mismas arreglaban hábilmente en Ginebra, con las demás potencias a la zaga, la entrada,

del Negus en la Sociedad de Naciones, no por ser agradable su compañía precisamente, sino para sacarla del tablero colonial, en contra de Italia, como feces de futuros conflictos.

Ello cerraba a los italianos el único camino que les quedaba para su expansión, ya que Roma había llegado la última al "banquete colonial" europeo del siglo XIX, en el que Inglaterra, Alemania, Bélgica y Portugal se habían repartido los territorios africanos, respetando a Abisinia como un hueso. Hueso que se le disputaba a Italia, sin tener en cuenta que sus ambiciones coloniales se remontaban a un período de cien años, y que Abisinia era una necesidad económica nacional, para un país sin materias primas y una superpoblación de un millón de seres por año.

Los estadistas que así procedieron ni siquiera tuvieron en cuenta el primer intento de Italia en 1872, ni la sangre italiana derramada en Degali, en 1887, ni las matanzas de Adua, en marzo de 1896, donde 13.000 italianos fueron víctimas de los etíopes, que cometieron con ellos todo género de atrocidades. A pesar de lo cual el mundo diplomático de entonces no tuvo inconveniente en reconocer la independencia de Abisinia.

A raíz de su conquista del poder, Mussolini se afanó, en primer lugar, por restablecer el orden y cimentar la reconstrucción interior del país, creando una flota mercante de supertonelaje (el "Rex", "Conte Biancamano", "Conte di Savoia", etc.), y las mejores autopistas comerciales del mundo entonces, mientras atendía el drenaje de los pantanos y lagos pontinos, para producir riqueza en ellos. La política de trampa adelante, con un gasto de desorbitados millones de liras mensuales, sólo asustó en el extranjero. La obstrucción dentro de casa pronto fue suprimida e sometida.

Tan luego como hubo cimentado su prestigio en Roma, se propuso hacer frente a la situación de Italia en el exterior, harto comprometida, ya que la Sociedad de Naciones se había arrogado la protección de Abisinia, garantizando su integridad territorial y política, en beneficio de Francia e Inglaterra. Esta última llevaba veinte años negociando la concesión de diques y depósitos de agua en la región del lago Tsana, con miras al regadío de Sudán, el campo potencial de algodón más rico en el mundo. Ante sus nuevas reivindicaciones coloniales, Francia le cedió unos cientos de millas de desierto arenoso en la frontera tripolitana, y en 1928 Inglaterra le reconoció ciertos intereses económicos en Abisinia, con la consiguiente protesta del Emperador a la Sociedad de Naciones, de la que era ya miembro.

Con el pretexto de Austria, sobre la que actuaban entonces dos grupos de intereses (Inglaterra, Francia e Italia de un lado, y Alemania de otro), Mussolini distrajo a la Nación de sus oquitas domésticas, creando una psicología de guerra con sus movilizaciones y "maniobras de verano". Con esta arma como pre-

